

EL REINO ÚNICO (1025-955 ANTES DE J.C.)

Gobierno de David

La autoridad de David, nombrado definitivamente rey de Judá y de Israel, en su fortaleza de Sion, en Jerusalén, era muy superior a la de un *sofet*. Todo el mundo le temía: sus órdenes se cumplían desde Dan hasta Beer-Seba. Sus resoluciones podían parecer muy absolutas, pero se extendían inmediatamente. No había legislación ni religión escritas. Todo era habitual. La vida de familia sólidamente establecida entre los súbditos quita muchos problemas al soberano, de modo que el gobierno de David debe considerarse como una cosa muy fuerte y muy sencilla. Uno imaginaba semejante a la pequeña monarquía que en nuestros tiempos estableció Abdel-kader en Mascata o los intentos dinásticos que presenciábamos en Abisinia. La manera de desarrollarse los hechos en la corte de tal o cual *negus* en Magdala o Gondar, es la perfecta imagen de la monarquía de David en su *milló* de Sion. El reparto y atribuciones de los funcionarios, la organización de las rentas, la fidelidad de los servidores, la misión de las escrituras, bastante reducidas todavía, presentarían probablemente curiosas analogías para un viajero instruido en cosas bíblicas que visitase actualmente el imperio de Abisinia.

Durante treinta y tres años vivió este reinado flexible y fuerte, patriarcal y tiránico a la vez. David mantuvo en el trono las cualidades que le habían elevado a él. Jamás parece haber cometido un crimen inútil. No era cruel más que cuando le era beneficiosa su crueldad. La venganza en este mundo apasionado, se consideraba como una especie de deber, y David lo cumplía concienzudamente. Los fundadores de dinastías nuevas, el encontrarse ante restos considerables de dinastías antiguas, siempre tienen que ser desconfiados. Los tráfugas de los antiguos partidos que se les acercan inspiran sospechas legítimas. Están mejor situados que nadie para poder apreciar la fidelidad humana. ¿Por qué han de ser más constantes los renegados con sus nuevos compromisos que lo fueron con los antiguos...?

La familia de Saúl, aunque aún era rica, estaba lo suficientemente humillada como para que David pudiera mostrarse sin peligro generoso

con ella. Naturalmente, esta generosidad no carecía de segunda intención. Al principio aparentó David mucha benevolencia hacia Meribaal el hijo cojo de su amigo Jonatás. Después de morir Isbaal, los bienes de Meribaal en Gibeá habían sido arrebatados por uno de sus intendentes, llamado Siba. Meribaal vivía miserablemente en Lodebar, más alta del Jordán, cerca de Mahanaim. David le hizo devolver los bienes, le dio casa en Jerusalén y lo sentaba a su mesa. Pero las ambiciones implacables del Oriente aminoraron mucho lo que llamamos amistad, agradecimiento y voz de la sangre. Ni David ni Meribaal se engañaron un momento uno a otro. Meribaal, haciendo con toda regularidad la corte a David, conservaba esperanzas secretas. David no dejaba de controlar a este rival posible, y sólo buscaba un pretexto para perder al hijo de su mejor amigo.

Más aún le preocupaban a David los dos hijos que tuvo Saúl con su concubina Rispa. Lo mismo le ocurría con los cinco hijos que Merab, hija de Saúl, había tenido de su marido Adriel.

En el libro de Samuel se relata inocentemente que, consultado Jehová por David acerca de un hambre que duró tres años, el oráculo contestó que el culpable era Saúl y su casa por los asesinatos cometidos contra los gabaonitas. Entonces el rey llamó a los gabaonitas y les preguntó qué compensación podría darles. Los gabaonitas le pidieron que les entregara siete de los hijos de Saúl para crucificarlos. David tomó a los dos hijos de Saúl y Rispa y a los cinco de Merab (hija de Saúl) y de Adriel y los entregó a los gabaonitas que los crucificaron en la montaña. En cambio David no dañó en nada a Meribaal, hijo de Jonatás, «por el juramento que éste y David se habían hecho recíprocamente».

A David le gustaba parecer obligado a ejecutar los actos que más deseaba. Acostumbraba por política a mostrarse como vengador de Jehová, aunque fuese por crímenes de los que él mismo había participado, con lo que sacaba la doble ventaja de servir a Jehová como le convenía y de deshacerse de la gente que le molestaba.

El harén de David, que había sido pequeño en Hebrón, aumentó en Jerusalén con muchas esposas y concubinas. A lo largo de este período tuvo lo menos once hijos: Samona, Sobab, Natán, Salomón, Iibar, Elisua, Nefeg, Yafia, Elisama, Eliada, Elifelet. La casa real no tardó en enriquecerse, y su hijo Absalón tenía en Baal-Hasor (Efraím) rebaños y una gran finca. El palacio o *milló* era una gran casa donde los cortesanos comían y bebían a costas del rey. Los amigos del palacio eran seres privilegiados. Estos banquetes eran como fiestas en las que tomaban parte músicos y cantoras. La mayor felicidad consistía en pasar la vida en tal lujo gozando de él todos los días.

Indudablemente, las mujeres que componían el harén del rey tenían una importancia muy desigual. La más activa fue la célebre Bath-Seba o Betsabé, hija de Eliam, que al parecer era una mujer inteligente que ejerció gran influjo sobre su marido. Se explicó por un adulterio y un crimen su entrada en el harén, pero es difícil averiguar si tal relato es verídico. David no era un santo, pero, sin embargo, tal vez se pueda librar su me-

moria del asesinato, atrozmente concertado, de su servidor Urías, el hitita. Lo cierto es que Beetsabé fue lo bastante poderosa para asegurar el trono de su hijo Salomón. Reinando Salomón, la veremos representar el papel de una sultana, Validé¹.

Al Gobierno de David le faltaba casi absolutamente la parte administrativa y judicial. La centralización apenas existía. La acción del rey era escasa excluyendo las tribus de Judá y Benjamín. El resto se llamaba Israel por contraposición con Judá. Se censuraba un empadronamiento como cosa enorme y criminal. No había quintas: el ejército permanente de David se componía casi todo de judaitas, benjaminitas y extranjeros, sobre todo de gathatas que seguían a David desde su primera estancia en Gath. En las tribus del Norte se habían enterado del cambio de régimen únicamente por una seguridad hasta entonces desconocida. Era aquello el gobierno de una tribu árabe, con su extremada sencillez de medios. Los asuntos particulares seguían tratándose a la puerta de la ciudad, según opinión de los ancianos. Sin embargo, cerca de Jerusalén, muchos pleitos se sometían al tribunal del rey, que los juzgaba como soberano absoluto.

Solamente Jerusalén entró en el sistema de las grandes construcciones. La realeza indicó su paso con un palacio, un arsenal, y un tesoro formado con los metales tomados a los extranjeros, especialmente a los arameos. Como la moneda apenas circulaba entonces, el botín consistía en quitarle al vencido sus objetos de oro o de bronce. Parece que en tiempos de David comenzaron a surgir algunas armas de caballería. El país se prestaba tan poco a las maniobras de los carros armados de hierro, que ésta nunca alcanzó gran desarrollo en Judá. Los caballos ricamente adornados sólo llegaron de Egipto en tiempo de Salomón.

El gobierno de David tenía muy poco personal. Toda su organización ministerial, si se permite usar esta fórmula, la describe Samuel en pocas palabras. Joab era su *Sar-Saba*, o general; Benaiah el jefe de los guardias extranjeros; Adoniram el encargado de las prestaciones personales y en especies. La escasez del dinero no permitía aún hablar de hacienda. Seraiah era *Sofer*, o sea secretario de Estado, encargado de ordenar y despachar los asuntos. Josafat ben Ahilud era *Mazkir*, o sea gran canciller, archivero e historiógrafo.

Seguramente David no tuvo muchas relaciones con Egipto y menos con Asiria; cuya acción no llegaba entonces a orillas del Mediterráneo. Sus relaciones con las ciudades fenicias de la costa parece que fueron amistosas. Pero David no fue aficionado, como Salomón, a las civilizaciones extranjeras. Era el hombre ideal de su raza y no podía pensar en completarse. Únicamente los filisteos fueron para David auténticos maestros, y como representaban una Grecia primitiva y bárbara, ésta fue la primera rendija por la cual entró en Israel la influencia aria.

David fue más cuerdo que Saúl, mostrándose justo con los cananeos,

1. En el imperio turco se llama «Sultana Validé» a la reina madre que sigue ejerciendo influencia en la política de su hijo. (N. del t.)

que formaban en la tierra de Israel manchas de población distintas. David promovió la fusión de estos antiguos habitantes del suelo con los israelitas. Para él eran súbditos suyos indistintamente los hombres de ambas razas. Donó a los rencores de los gabaonitas, con la muerte de los hijos de Saúl, algo que sería inaudito, si no respondiera a las necesidades de su política. Los cananeos y los hittitas eran tan inclinados al jehovahismo como los israelitas. Los gabaonitas, aunque reconocían que Jehová era el dios de sus vencedores, le adoraban y le ofrecían sacrificios humanos.

Los resultados de esta política de conciliación habrían podido ser excelentes. Se dirigían hacia ese género de fusión que constituye una nación. Las distinciones de las antiguas tribus se iban debilitando. Los benjaminitas habían hecho un papel tan estrechamente unido al de los judaítas en la elaboración de la realeza, que ambas tribus llegaron a confundirse.

Jerusalén se encontraba en los límites de las dos tribus y era su capital común. La reunión era más fácil ya que Benjamín era pequeño y estaba formado sólo por algunos feudos militares. La realeza se anexionó estos feudos y así se encontró Benjamín convertido en una especie de dominio real a las puertas de Jerusalén. Las demás tribus casi abdicaban ante José y Efraím. Todo se centraba, pues, sobre Efraím y Judá. Pero, entre estas dos grandes mitades de la nacionalidad de Israel, la unión era sólo aparente. El poder de David era escaso en las tribus del Norte. La creciente importancia de Jerusalén excitaba la envidia de aquellas regiones, cuya capital no era la colina jebusea. La gloria de David producía gran alegría en la gente de Hebrón, Belén y de Benjamín, a pesar de muchos resentimientos sentidos: pero no excitaba en el Norte más que indiferencia o malquerer. Se adivinaba que la ruptura de Israel vendría luego por esa juntura imperfecta que permitía ver el dualismo primitivo de los Beni-Jakob y los Beni-Josef.